

mente desconocido. Dirán, una vez más, que Bibi se ha escapado, y usted no quedará deshonrado por ello. Y yo, caballero, *podré rehacer mi vida entre los salvajes*. ¿Le conviene el programa? ¿Qué pierde usted? Un poco de carne salada y de galleta; un barril de aguardiente (es preciso contar con algo para levantar las fuerzas cuando se cree uno abandonado), y otro barril de agua. ¡Si le conviene, dígalo! ¡Ya no tendrá usted que temer nada de Bibi! ¡Ni usted ni nadie! Una vez fuera del buque Bibi, se restablecerá el orden, porque no *pueden* hacer nada sin mí! ¡Si vacila usted, tenga cuidado! ¡No soy malo; pero he probado hace poco, en la despensa, que cuando me atacan sé defenderme!

Esperó.

El comandante no contestaba, parecía meditar. Bibi se impacientó:

—¡Bueno, diga usted algo! ¿Sí o no?...

—¡No!—dijo el comandante.

—¡*Fatalitas!*—murmuró Bibi.

CAPÍTULO VII

LA REBELIÓN DE LOS PRESIDARIOS

Los dos hombres estaban de pie, separados por la mesa. Hacía algún tiempo que el comandante no oía los pasos del centinela en el corredor, y esto le tenía inquieto. ¿Cómo había dejado pasar al bandido el centinela aquel? ¿De qué estratagema se había valido Bibi para llegar hasta él? ¿Cómo pensaba escaparse? Bibi, apuntando con su revólver a Barrachón, se acercaba insensiblemente a la puerta. Ya iba a llegar a ella. Barrachón hizo un movimiento brusco, y Bibi le apoyó el revólver en la frente.

—No se mueva usted hasta que yo abra la puerta—dijo—, o le mato como a un conejo.

Entonces se explicó el comandante la tranquilidad de aquel hombre durante su discurso. Bibi tenía la llave de la cámara en el bolsillo. El comandante no se movió, en efecto, en tanto que la puerta no estuvo entreabierta, porque, encerrado a solas con el bandido, y sin armas, no tenía ninguna probabilidad de vencerle. Bibi miró hacia afuera. Entonces fué cuando Barrachón tomó su partido. Inclínandose repentinamente, se precipitó sobre el bandido, pidiendo socorro.

Pero Bibi le cogió por la garganta, y manteniéndole inmóvil a sus pies, le decía:

—No te mato, porque no estoy por los crímenes inútiles. Pero *si vuelves a las andadas*, te juro que entonces seré yo quien te abandone en la costa, y completamente desnudo como un salvaje, para castigarte por no haber accedido al postrer ruego de Bibi.

Salió apresuradamente; cerróse la puerta, y el comandante se levantó y se precipitó sobre aquella puerta.

Pero el otro la había cerrado con llave. ¡Barrachón estaba prisionero en su propio buque! Llamó, gritó, golpeó el suelo con el pie para que le oyesen en la cámara de oficiales, que estaba precisamente debajo de la suya, y en el mismo instante resonó en el *Bayardo* un indescriptible clamoreo, acompañado de numerosos disparos que parecían partir de todas partes.

Acudieron a los gritos del comandante. El que abrió la puerta fué Vilène, que había encontrado la llave puesta en la cerradura.

—¡Una rebelión en la jaulas!—gritó el segundo.

—¡Bibi acaba de salir de aquí!—replicó el comandante, que bufaba de rabia.

No perdieron el tiempo en darse explicaciones. Por sobre sus cabezas, a sus pies, resonaban incesantemente los disparos de arma de fuego. Parecían batirse en todas partes, sin lógica ninguna. Los marineros de cuarto, los vigilantes militares que estaban de guardia, corrían por orden de sus jefes a avisar a sus compañeros, que no se daban mucha prisa en acudir. ¡Todo el mundo arriba, y a las armas! Al pasar por junto a una escala, oyeron al alférez Ke-

rrousgouët dando a gritos sus órdenes en cubierta, hacia la entrada de las *jaulas*.

Al pie de las escalas que conducían al entrepuente, se encontraron con una muchedumbre que gritaba y gesticulaba como enloquecida. Estaba detenida allí por no sabían qué obstáculo. Al fin acabaron por darse cuenta de que había desaparecido la escala. La escala de hierro no estaba ya en su sitio. La habían quitado. Y lo mismo habían hecho con todas las escalas del corredor. De modo que todos los que desde el entrepuente querían subir a cubierta, se encontraban cerrado el paso, en tanto que por la parte de las jaulas continuaba el tiroteo, acompañado de gritos y de feroces aullidos. Las mujeres de los vigilantes corrían de aquí para allá también, gritando como si las estuviesen desollando. Ante este increíble desorden, el comandante recobró toda su sangre fría, y mandó a los marineros que fuesen a la despensa a buscar algunos cajones, con los que improvisaron una escala.

Ya algunos marineros y una docena de vigilantes habían logrado trepar hasta el puente, encaramándose en los hombros de sus compañeros. Pero perdían un tiempo precioso. ¿Qué sucedía arriba?

El comandante subió al puente y se reunió con Kerrousgouët, que, ayudado por algunos marineros, arrastraba el *hotchkiss* de 37 milímetros hasta la escotilla por donde se bajaba a las jaulas. Fortuna había sido que para facilitar la vigilancia, los ingenieros encargados de transformar aquella vetusta fragata, como ellos decían, en transporte para conducir presidiarios a Cayena, hubiesen cerrado herméticamente todas las demás salidas. Los rebeldes iban

a encontrarse como embotellados. La escotilla estaba ya rodeada por un cordón de vigilantes que no cesaban de tirar al azar contra el negro boquete que, por su parte, sembraba la muerte en torno suyo.

La noche era clara, una magnífica noche de los trópicos, y la luna iluminaba lo suficiente aquella espantosa escena, para que el comandante al acercarse pudiese ver algunos cuerpos tendidos sobre cubierta. A la primera voz de alerta, el alférez reunió los hombres de que disponía, e intentó entrar a toda costa en el corredor de las jaulas. Fueron inútiles sus esfuerzos; tuvieron que retroceder, y Kerrousgouët recibió una herida en la frente, que le bañó la cara en sangre. El alférez comunicó al comandante *que tampoco aquella escala existía*. ¿Cómo se habían procurado armas los presidiarios? ¡El fuego era verdaderamente mortífero! Ni uno solo de los treinta celadores encargados aquella noche de la vigilancia de las jaulas había vuelto a parecer.

Sin duda habían sido asesinados los infelices, y seguramente era con sus fusiles y sus revólveres con lo que los presidiarios respondían tan vigorosamente al ataque de los de la escotilla.

En aquel momento el segundo corrió hacia el comandante para comunicarle una estupenda noticia: ¡Los hombres que no estaban de guardia y que al levantarse apresuradamente se abalanzaron a sus armas, no habían encontrado sus fusiles en los armeros! Era preciso, pues, deducir de ello que aquellos fusiles habían ido a parar a manos de los insurrectos gracias a la ayuda de cómplices ignorados, y que constituían un nuevo peligro, tanto más terri-

ble cuanto que era desconocido. Al recibir la noticia, el comandante palidécio.

Los bandidos, bien armados, y seguramente bien provistos de municiones, contaban con la considerable ventaja de la superioridad numérica. Además, debían estar decididos a todo, por no tener que perder, y por estimar en muy poco la vida que en el presidio les aguardaba. Podían considerar perdida la partida si no conseguían matarlos a todos en su guarida, hacerles papilla en el fondo de las jaulas. De aquel agujero infernal, iluminado por los fogonazos de los disparos como por las llamaradas de la erupción el cráter de un volcán, escapábase ya en densas nubes el humo de la pólvora, juntamente con el cual llegaba hasta el puente el canto de muerte de los penados:

¿Quién arrambló con todo?

¡Bibil! ¡Bibil!

Afortunadamente para Barrachón, disponía de dos cañones: uno de treinta y siete y otro de cuarenta y siete milímetros, con los cuales podía ametrallar a aquella canalla.

Fué una suerte que a última hora solicitase del Ministerio de Marina los dos *hotchkiss* para reforzar sus elementos de defensa. En otra ocasión, se hubiesen reído de él en sus barbas. Pero Bibi estaba a bordo, y a todos pareció muy natural esta precaución. Los dos cañoncitos llegaron en el momento de zarpar, y fueron izados de noche a bordo del *Bayardo*. El comandante los hizo colocar provisoriamente en el pañol de banderas hasta que les designase su puesto oficial. Luego, se olvidó de ellos, lo que fué

también una verdadera fortuna, porque si los misteriosos cómplices hubieran conocido la existencia de aquellas armas terribles, ¡tal vez hubiesen estado en su poder a aquellas fechas!

Después de su primer fracaso, el oficialito Kerrousgouët, que sabía dónde estaban, pensó, en la terrible situación en que se encontraban, servirse de ellos. Y los marineros arrastraban ya el segundo cañón para ponerle al lado del primero; pero Barrachón, previsor, contuvo a sus hombres.

Con uno de los *hotchkiss* bastaría para aquella escotilla, si resultaban vencedores. En el caso en que ocurrieran acontecimientos que debía prever, como, por ejemplo, la aparición de los penados en otros lugares del buque, en cubierta tal vez, convenía reservar una de aquellas armas terribles, y les hizo izar el *hotchkiss* de cuarenta y siete milímetros al puente, precisamente encima de la caseta de derrota: desde allí dominaba, enfilaba todas las escotillas del barco.

Entretanto, seguían tiroteándose uno y otro bando en la escotilla de las jaulas. Kerrousgouët y Vilène hicieron colocar su *hotchkiss* sobre una plataforma improvisada, desde la cual dominaba aquel antro infernal. Despejada la escotilla, podrían saltar al entrepuente, y entonces comenzaría una matanza despiadada. Momentáneamente tranquilo por aquel lado, Barrachón bajó al entrepuente y obligó a encerrarse en sus camarotes a los niños y a las mujeres, que manifestaban a gritos su terror y llamaban a sus maridos.

Acompañado por algunos vigilantes siguió bajando, bajando siempre.....

Su temor era que le sorprendiesen por la espalda los bandidos.

No podía olvidar que Bibi se había escapado del entrepuente destinado a los presidiarios, por el boquete del calabozo de la Condesa, por la antigua santabárbara, y por otra salida que aún no se había descubierto. Bibi debía haberse vuelto por el mismo camino, y, en efecto, pronto pudieron convencerse de ello, al encontrar dos vigilantes retorciéndose en las ansias de la agonía. Y el camino del bandido tornábase en seguida misterioso, imposible de hallar. Barrachón tropezaba siempre con tabiques intactos. En vista de ello, distribuyó unos cincuenta hombres alrededor del antiguo pañol de municiones de proa, en donde, después de los trabajos de los ingenieros, sólo se podía entrar ostensiblemente por el departamento de las jaulas.

Viendo ya defendida la retaguardia, Barrachón subió a cubierta.

El comandante recobraba la esperanza. La rebelión estaba localizada, aislada. Si no conseguían llegar al foco mismo de la insurrección, acabarían por sofocarla. Se extinguiría por sí sola, falta de municiones y, sobre todo, de víveres. El hambre y la sed pondrían en sus manos a los bandidos. Entretanto, arreciaba el estruendo. Por dondequiera que fuese, por mucho que se internara en la cala del buque, en todas partes oía el terrible canto de los penados, y las dos sílabas fatídicas, que tan dulces hubieran podido ser, llegaban a sus oídos, ásperas como una eterna amenaza: ¡Bibil! ¡Bibil...! ¿Hasta dónde llegaba la influencia del crimen sobre el crimen? ¡Cómo obedecían to-

dos aquellos miserables a aquel otro miserable que pretendía ser una víctima de la Fatalidad!... Y él, ¿cómo les habría hecho seguirle hasta la muerte? ¡Porque iban a morir! ¡Qué matanza! ¡Cuánta sangre! ¡Arroyos de sangre correrían de puente en puente, de escala en escala, de bodega en bodega, hasta la sentina, que el comandante, previsor, no hacía vaciar, y de la que algún día sólo sacarían sangre las bombas!

¡Disparos tras los tabiques, gritos de rabia y de agonía, cánticos de los penados! ¡Sí; la rebelión había estallado a una señal de Bibi! Pero ¿cómo pudo estallar? ¿Cómo se habían procurado armas los bandidos? ¿Cómo habían salido de sus jaulas, no obstante haberse aumentado el número de centinelas que los vigilaban incesantemente? He aquí lo que el comandante, ebrio de rabia, no sabía explicarse.

Y he aquí lo que había pasado. Aquella noche, después de comer el Fetiche, rogó a Rouquín que registrase prudentemente su *petate*. No fué flojo el estupor de los penados al encontrar en el saco hasta media docena de revólveres, ya cargados, *que no pedían más que dispararse*.

—¡Vaya con los *cachorrillos!*—murmuró con voz ahogada el bandido, en tanto que en torno suyo sus compañeros se daban unos a otros con el codo, disimulando a duras penas su alegría. ¡Al fin! ¡De modo que sería aquella noche! ¡Hacia cuarenta y ocho horas que esperaban, llenos de ansiedad, aquel instante! No se atrevían a creerlo. Y, además, ya era tiempo, si no querían que el Bombarda, que estaba en el cepo, fuese ejecutado el día siguiente, por haber intentado estrangular a un *vigi*...

¡De modo que iba de veras lo de la rebelión! ¡Ausente

el Bombarda y desaparecido Bibi, ya no lo creían! Sólo el Fetiche, que era el confidente del Bombarda, conservaba un airecillo misterioso, que había llenado de curiosidad y tranquilizado a algunos.

Y he aquí que, por un misterio increíble, tenían ahora revólveres, armas que iban a darles la libertad. ¡Ah! ¡Aquello les volvía el alma al cuerpo!...

Era ya la hora de acostarse, y hubo gran movimiento en las jaulas, mientras desenrollaban las hamacas y las colgaban para pasar la noche.

El Fetiche aprovechó estos momentos para explicar a sus compañeros, que aguardaban la consigna, lo que iba a suceder.

Ante todo, no se debía hacer nada hasta que Bibi diera la señal de ataque; esta señal sería un estridente silbido que resonaría en el entrepuente, durante la noche, no se sabía exactamente a qué hora. Había que armarse de paciencia. El Fetiche creía poder afirmar que también disponían de armas en otras tres jaulas. En todo caso, todos estaban de acuerdo. Irían todos a una. Lo habían jurado. Sólo que era preciso no amilanarse, *porque se repartiría candela*.

Las otras jaulas no esperaban para entrar en batalla el silbido, que era sólo una señal para el Fetiche, sino el disparo de revólver de éste. Ahora bien; *el Fetiche no dispararía hasta que estuviese abierta la jaula*.

A esto replicó el Kanak que nunca abrían las jaulas de noche, y entonces el Fetiche reveló su plan, para infundir confianza. Un compañero le *enviaría a la cala*, es decir, descolgaría por un extremo su hamaca, mientras él fingía

dormir, y rodaría brutalmente por el suelo, lanzando gritos y lamentos. No se levantaría; haría como que se había roto una pierna. ¡Y entonces no tendrían más remedio que entrar! En cuanto abrieran la puerta, asesinarían a los *vigis*, antes de que tuviesen tiempo de darse cuenta de lo que se trataba, y los ciento cincuenta penados se precipitarían en el corredor.

Había diez hombres en cada corredor y en cada entrepuente; sería cuestión de un instante amarrarlos y quitarlos de enmedio. Entonces les cogerían las llaves y abrirían las jaulas y los calabozos; la cosa era sencillísima. Pondrían en libertad al Bombarda, al Africano y a todos los compañeros. Estaban armados. ¡Y Bibi, Bibi estaba allí! ¡Aparecería sin saber por dónde, como Dios, y traería consigo fusiles, municiones, todo lo necesario para triunfar! Se venía preparando aquello desde los comienzos de la travesía, y tenían la seguridad de salir adelante. En cuanto a los vigilantes militares, que seguramente acudirían desde cubierta, no había que temer su invasión. ¡*La escala principal habría desaparecido!* De quitarla de su sitio se encargaría el Fetiche. ¡Se había pensado en todo! ¡Podían hacer cuanto se les antojase! Pero ya lo sabían los compañeros: *se dañaría estopa* a los remolones. ¡Todos habían de jugarse la vida!

El plan les pareció a algunos admirable, hipotético a otros e imposible a unos cuantos, que no lo dieron a entender; pero todos, hasta el Inocente, declararon que era preciso llegar hasta donde se pudiera.

Los presidiarios tienen un sistema especial de comunicarse entre sí, de hablar, de ponerse de acuerdo sobre los

más insignificantes detalles de un plan de evasión, y esto lo hacen en las mismas barbas de los vigilantes, que no se enteran de nada. Aún no estaban colgadas las hamacas en todas las jaulas y acostados los hombres en sus lechos oscilantes, y ya todo estaba convenido, dispuesto. Todos sabían lo que tenían que hacer. Y, sin embargo, aquella noche se habían acostado como todas las noches, y en el entrepuente se oían los mismos ronquidos de siempre, los mismos resoplidos de fieras dormidas; en tanto que los *vigis* de guardia, revólver en mano y fusil en bandolera, paseaban por entre las jaulas.

¡Las diez, las once, las doce! ¡Aún no había ocurrido nada! Los hombres, impacientes, se revolvían en sus hamacas, atento el oído al menor ruido y contando los toques del *cuarto* que el timonel *picaba* sobre cubierta. Aquellos bandidos se pasaban bastantes horas desvelados para estar familiarizados con todos los toques de a bordo. A la una, a las cinco y a las nueve, el timonel daba dos toques; a la una y media, a las cinco y media y las nueve y media, dos toques, seguidos de otro menos fuerte; a las dos, a las seis y a las diez, cuatro toques; a las dos y media, a las seis y media y a las diez y media, cuatro toques y uno más débil a continuación; a las tres, a las siete y a las once, seis toques; a la media, los seis toques y otro menos fuerte. Y, por último, a las cuatro, a las ocho y a las doce, ocho toques, y a la media, los ocho toques y un toque más débil.

Acababan de oirse los ocho toques y medio de las doce y media, cuando un silbido penetrante sembró la alarma en los entrepuentes. Parecía haber salido del fondo de la sentina, y los vigilantes se preguntaban qué querría decir

aquello. Se interrogaban de entrepuente a entrepuente, y algunos, para enterarse, se asomaron a las escalas. Entonces, desde el fondo del corredor de los calabozos, alguien gritó que debía haber sido el Bombarda el que había silbado, o el Africano, porque ambos estaban encerrados en el mismo calabozo, por encontrarse los otros ocupados o no ofrecer la suficiente seguridad. Como todo volvió a quedar en silencio, se restableció la calma entre los vigilantes, que reanudaron sus acostumbrados paseos.

De repente se oyó un estrépito en la antigua jaula de Bibi. Era el Fetiche, «a quien habían enviado a la cala» y que rodaba por el suelo, jurando y quejándose lastimosamente.

El vigilante que estaba más cerca de la jaula se llegó a la reja y *mandó al alborotador que callase si no quería que le encerrarán en el calabozo a la mañana siguiente...* El Fetiche aulló más fuerte:

—¡Me he roto una pierna; de fijo me he roto una pierna!

—Ya te la compondrán mañana—refunfuñó el celador—.

¡Cierra el pico o te abraso! ¡Déjanos en paz!...

Y como si en realidad hubiese sentido algún temor, el Fetiche, que permanecía acurrucado en la oscuridad, calló. Los demás, en las hamacas y en las jaulas inmediatas, se preguntaban qué esperaba. Pronto se tranquilizaron, porque el Fetiche comenzó nuevamente a lamentarse. Sufría demasiado, quería que le llevasen inmediatamente a la enfermería; ¡tenía una pierna rota! Declaró que mataría al que le había jugado aquella mala partida; en fin, no callaba un instante. Todos protestaron. ¡No había manera de conciliar el sueño! Y los presidiarios, malhumorados, aconsejaban

que llevasen a la enfermería a aquel gallina. ¡Aquellas eran horas de dormir; pues estaba bueno...!

Los vigilantes quisieron imponer silencio nuevamente con amenazas; pero el otro, caído en el suelo, gritaba:

—¡Sufro demasiado! ¡Sufro demasiado! ¡Mi pobre pierna! ¡Quiero que me lleven a la enfermería! ¡Y, además, se me va la cabeza, no sé lo que me pasa, estoy echando sangre, me muerol...

Los vigilantes se acercaron a la puerta, hasta la cual se había arrastrado el bandido, y le acercaron un farol a la cara. ¡La tenía llena de sangre! El Fetiche, para precipitar las cosas, acababa de darse un corte en la frente con un cuchillo.

Entonces fué cuando Pascaud, que comenzaba su ronda, se acercó y se enteró de lo que pasaba.

—Está lleno de sangre. Dice que tiene una pierna rota. Habrá que llevar a este hombre a la enfermería.

—Sí, sí, que le lleven—gritaron los demás, que parecían haber perdido la paciencia.

Oyóse el ruido de las llaves que Pascaud agitaba. Buscaba la que abría aquella jaula. Luego, un silencio. Se acercaba el momento decisivo. El buen éxito de la sublevación dependía de aquel instante.

El Fetiche, metida una mano en el bolsillo del pantalón, acariciaba la culata de su revólver.

Sus compañeros permanecían en las hamacas, prontos a saltar al suelo; pero su semisomnolencia aparente de nada debía advertir a Pascaud, que estaba muy lejos de esperar lo que le iba a suceder.

Empujó la puerta y entró seguido de un vigilante que,

al quedar en el dintel, contribuyó, sin saberlo, al buen resultado de la combinación, impidiendo que la puerta volviese a cerrarse inmediatamente. Para colmo de precaución, un penado había sacado una zarpa de la hamaca para estar pronto a sujetar la puerta.

Pascaud se inclinó sobre el Fetiche.

—¡Vamos!, ¿qué tienes?; ¡a ver!

En el mismo instante irguióse el Fetiche y le hizo un disparo a quemarropa. E inmediatamente se oyeron gritos, nuevos disparos, el patear de los bandidos que saltaban de las hamacas y se precipitaban sobre los celadores.

Pascaud se desplomó, tal vez muerto por el disparo. En cuanto al compañero que se había quedado en la puerta, ni siquiera pudo hacer un movimiento: una bala le alcanzó casi al mismo tiempo y le tumbó en el corredor.

Los presidiarios de las otras jaulas, que estaban armados con revólveres, disparaban contra los vigilantes a través de los barrotes, y pronto se generalizó el tiroteo en los corredores de los *presidios*.

Aterrados, sin poder explicarse lo que sucedía, ni, sobre todo, cómo tenían revólveres los penados, los vigilantes hacían fuego contra las jaulas, huyendo, corriendo como locos, tirándose al suelo, pidiendo auxilio...

En la batería superior, el plan revelado por el Fetiche a los presidiarios se había realizado punto por punto. La jaula del Fetiche, situada a proa, quedó vacía, y los ciento cincuenta bandidos, después de quitar de su sitio la escala principal, se arrojaron sobre los vigilantes, que sucumbieron inmediatamente. Quince de aquellos desgraciados agonizaban ya tendidos en el suelo; los restantes habían

acabado por retirarse de la batería superior a la inferior, y luego al entrepuente y al corredor de los calabozos, y ya allí se defendieron con la energía de la desesperación; pero de repente se vieron cogidos entre dos fuegos. Y un ensordecedor grito de triunfo fué la señal de su perdición. ¡Bibi! ¡Bibi! ¡La Condesa! No se sabía por dónde habían aparecido; pero se les vió saltar de un lado para otro en lo más recio del combate, como demonios. A la luz de los faroles, que iluminaban siniestramente aquella horrible matanza, la terrible hembra tenía un aspecto casi tan espantoso como el mismo Bibi.

Ahora, los escasos supervivientes pedían gracia.

Y fué Bibi quien dió la orden de suspender la lucha.

—¡Necesitamos rehenes! ¡Abajo las armas!—ordenó a los de la batería inferior. Y con una voz que ahogaba los demás ruidos, añadió:—*¡Que me lleven a todos éstos a una jaula y me los encierren!*

Todas las jaulas habían sido abiertas con las llaves encontradas a los vigilantes y a Pascaud, y el corredor estaba lleno de bandidos, que se empujaban unos a otros. Habían acudido allí al olor de la matanza. Fué preciso que la mitad de ellos, obligada por Bibi, subiera de nuevo a la batería superior, en donde sus compañeros se tiroteaban más encarnizadamente que nunca con los marineros que estaban en cubierta, al mando de Kerrousgouët. Cuando Bibi se marchó, el Bombarda dispuso que todos los muertos y heridos, lo mismo vigilantes que presidiarios, y los pocos celadores que habían resultado ilesos, fuesen conducidos a la jaula de los hacendistas. En un abrir y cerrar de ojos los zamparon allí a todos, en montón, y *cerraron la puerta*.

De repente una voz gritó: «¡Fusiles!» En efecto; los hombres que corrían a la batería superior llevaban fusiles... y en seguida circularon de mano en mano paquetes de cartuchos. Y los que no tenían fusiles ni municiones, acudieron al reparto, que se verificaba en el famoso calabozo de la Condesa.

Manos invisibles introducían las armas y los cartuchos por el boquete utilizado para su evasión por la amiga del Kanak, y los penados se apoderaban de ambas cosas ávidamente. Los celadores que habían recibido la consigna de vigilar aquella lóbrega parte del buque, aquella bodega en donde se desarrollara a ciegas la primera batalla contra la sombra de Bibi, se habían precipitado a la escala al oírse los primeros disparos en las jaulas, y todos perecieron, con la mayor parte de sus compañeros, en el corredor de los calabozos.

El reparto hacía se, por tanto, allí, sin peligro y sin lucha. Cuando terminó, dos manos asomaron por el boquete, y alguien suplicó que le izasen al entrepunte. Entonces apareció una carita paliducha, de ojos cándidos y boca sonriente de niño que acaba de hacer una graciosa travesura. Tras de aquella carita encuadrada por el gorro blanco de los cocineros apareció un cuerpo, el cuerpecillo escuálido del tímido Soponcios. ¡Y al ver a aquel pillastre, los bandidos comprendieron muchas cosas! Y lanzaron un *hurra*, en tanto que el pinche se apoderaba de un fusil y corría a la batería superior, gritando: «¡Bibil! ¡Viva Bibil!»

Hubo una tregua en la lucha entablada en la escotilla. Los que estaban sobre cubierta suspendieron el fuego; ya no se veían las siluetas de los sitiadores corriendo de aquí

para allá entre la densa humareda de la pólvora, junto a aquella boca del infierno.

Los presidiarios se preguntaban qué les estarían preparando allá arriba. Evidentemente, nada bueno.

Bibi se cercioró de que sus compañeros, bien armados, estaban dispuestos a seguirle. En pocas palabras hizo comprender a todos que había llegado la hora de vencer o morir. ¡Iban a precipitarse como una tromba sobre cubierta y a exterminar a los *vigis*! ¡No habría cuartell! ¡Nada debía detenerlos, y si verdaderamente tenían sangre en las venas, el *Bayardo* sería suyo!

Mientras así hablaba, hacía colocar la escala en su sitio. Y se puso a la cabeza de su gente. Seguíanle la Condesa, que tomaba parte en la lucha, ebria de gozo, el Bombarda, el Africano, el Fetiche y todos los demás presidiarios. El Soponcios llegó en el momento en que Bibi gritaba: «¡Adelante, muchachos!»

La interminable hilera de cabezas, por encima de las cuales sobresalían los fusiles, se enhebró por el agujero de la escotilla. En un segundo subieron la escala; pero en el mismo instante oyóse un espantoso silbido, una sucesión extraordinariamente precipitada de detonaciones, y después, aullidos de rabia y de dolor de los bandidos, la mayor parte de los cuales rodaron por la escala, cayendo nuevamente al corredor, sobre sus compañeros.

Era el *hotchkiss*, que «entraba en danza». Sus terribles balas, sus balas lindas, pulidas y relucientes, penetraban en las carnes; atravesaban filas enteras de presidiarios; horadaban los tabiques, y caían en los entrepuentes, sembrando la muerte por todas partes.

Lo que quedaba del primer grupo de bandidos retrocedió, dejando a la entrada del *presidio* un montón de cadáveres. Bibi se vió obligado a seguir a sus compañeros. No tenía una herida, aunque era evidente que buscaba la muerte en aquel combate, en el que creía encontrar su desquite en su lucha contra la fatalidad. La Condesa se apoyaba en un tabique con una mano, y con la otra se enjugaba maquinalmente la sangre que brotaba de su rostro. Una bala le había rozado la mejilla. La rabia de la derrota y el espectáculo de la muerte ponían en sus ojos llamaradas de cólera y gritos de odio en su boca.

—¡Estamos *aviados!*—murmura Bibi, en tanto que tras él sus hombres, hacinados en el angosto corredor de las jaulas, gritan que quieren morir; pero «allí no», en cubierta... Y los de detrás empujan a los de delante hasta el radio de acción de los *hotchkiss*, que, afortunadamente para aquellos miserables, era muy reducido. Y a cada instante aumentaba el número de cadáveres.

Bibi no había contado con los cañones.

No les quedaba más recurso que morir en su madriguera, si no conseguían salir de allí... *Y para salir de allí...*

De repente, a Bibi se le ocurrió una idea.

—¡Traed los petates—gritó—; todo lo que encontréis a mano, y los jergones de los *vigis!* ¡Haremos una hoguera; una de esas fogatas que echan más chispas que la *candela* de una fragual... ¡Tendrán que *najarse*, y nosotros, entretanto, subiremos a cubierta!... ¡Y los que tengan miedo de chamuscarse las patas, que se aguanten! ¿Quién tiene fuego?

—Yo—dijo el Soponcios—alargando su encendedor.

Amontonaron la paja y los sacos debajo de la escotilla,

y a los pocos instantes una humareda densa y acre, seguida de una llamarada y de otra nueva humareda más densa aún, hacía retroceder a los contrarios, en cubierta. El comandante y sus hombres tuvieron que alejarse de la escotilla con su *hotchkiss*, so pena de asfixiarse. Y se oyen juramentos y gritos de los vigilantes: ¡Fuego! ¡Fuego!... ¡Han prendido fuego!... ¡Nos quemamos! ¡A las bombas! ¡Las bombas!... ¡Maldita sea!...

Y entonces, de aquel volcán en miniatura en que se había convertido la escotilla; de aquel antro humeante, de donde salían gritos lastimeros o feroces; del seno de aquel torbellino de humo, comenzaron a brotar demonios. Unos tenían alas de fuego, y se arrojaban sobre los vigilantes para abrasarlos a su vez; otros, que se habían desnudado por completo para atravesar la hoguera, hacían girar sobre sus cabezas sus fusiles, esgrimiéndolos a modo de mazas... De este modo se defendía Bibi con la culata de su fusil, que caía sobre los cráneos y que había hecho ya en torno suyo un dilatado círculo rojo.

—¡Adelante! ¡Adelante, compañeros!—aullaba con su boca cubierta de espuma.—¡Adelante! ¡A los muertos, dejadlos en paz!

Llevaba al lado una furia. Era la Condesa, que agitaba entre la humareda sus manos tintas en sangre, en tanto que algunos mechones de su cabellera se enroscaban como serpientes en torno a sus sienes lívidas. Esgrimía un cuchillo. Luego acudió el Soponcios, que se había herido en la mano con su propio fusil, y renunciaba a luchar por servir de explorador a Bibi y preservarle de los golpes de sus enemigos. En lo más reñido del combate decía a Bibi, como

el hijo del rey Juan en Poitiers:—«¡Mira a la derecha; mira a la izquierdal»

Disipóse el humo una vez consumidos por las llamas los jergones y los sacos, y ahora, por la escotilla, libre ya de obstáculos, sale, sale, no acaba de salir nunca el numeroso ejército, el monstruo horrendo de mil cabezas... El inferno ha acabado de vomitar demonios. Ya el combate no es otra cosa que una lucha cuerpo a cuerpo, en la que casi no se reconocen unos a otros. En esta confusión sin nombre resulta inútil el *hotchkiss*. El comandante y Vilène, cubiertos de heridas, siguen luchando a pie firme, alentando a sus hombres con el ejemplo de su heroísmo.

El comandante ha matado con sus propias manos media docena de penados, y se esfuerza en llegar donde está Bibi; pero éste no se deja alcanzar, y podría creérsele invulnerable.

Vencido por un enemigo tan superior en número, con la mitad de sus hombres desarmados, Barrachón se ve obligado a retroceder, y ordena apresuradamente la retirada, en el momento en que el heroico Kerrousgouët cae muerto sobre el *hotchkiss*, cuya custodia le estaba encomendada. Es preciso salvar el cañón, retroceder inmediatamente hasta quedar protegidos por el segundo *hotchkiss*, y enfilar los dos cañones contra la chusma, dueña ya de todo el castillo de proa. ¡He ahí la salvación!

De repente una espantosa desoarga sorprende por la espalda a los vigilantes militares y a los marineros. Barrachón y Vilène se vuelven, y un mismo grito de desesperación se escapa de sus bocas. Allá arriba, en el puente, tres demonios completamente negros y un hombrecillo blanco,

los fogoneros y el pinche Saponcios, se han apoderado del *hotchkiss* de cuarenta y siete milímetros y le han disparado contra la tripulación, sin importarles, en su afán de destrucción, causar víctimas hasta entre sus mismos compañeros.

El comandante ya no puede hacer más que huir, huir con los pocos hombres que le quedan, hasta el castillo de popa y atrincherarse allí con el último cañón.

Barrachón ordena la retirada. Aún cuenta con ciento cincuenta hombres ilesos y decididos a vender caras sus vidas.

Ebrios por la victoria, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, los bandidos de Bibi van a precipitarse sobre los restos de la tripulación y de los vigilantes para acabar de una vez con ellos, cuando una densa humareda que se escapa por una escotilla y el grito siniestro de «¡fuego a bordo!», les hace vacilar.

El incendio separa ahora a los dos bandos. Y el afán de atajar al elemento que va a destruir el barco con tanto trabajo por ellos conquistado, absorbe por entero a los insurrectos. Ayudados por las indicaciones del Saponcios, que está al corriente del manejo de las bombas, los penados ponen manos a la obra. Al mismo tiempo, el misterioso pinche, que conoce el buque mejor que nadie, manda que cierren herméticamente todas las aberturas que dan al foco del incendio, y que tapen las escotillas con lonas húmedas. Los penados tropiezan unos con otros al correr como locos por entre los muertos y los moribundos. Lamentos y blasfemias rompen el silencio de la noche que agoniza. Del fondo del entrepuente, en donde están encerradas las mu-

jeros y los niños, suben gritos desgarradores, como si todos se estuviesen quemando vivos. Al otro extremo del *Bayardo*, en la toldilla de popa, óyense todavía algunos disparos; y luego cesan los disparos, ¡porque *se ha acabado la pólvora!*

Barrachón y sus hombres han agotado sus municiones. Piensan que ya ha concluído todo.

A estos dos azotes espantosos, el asesinato y el incendio, viene a unirse otro: la tempestad. Al crepitar de las llamas y a los silbidos del agua, que se convierte en vapor al caer sobre la hoguera, sucede el ulular del viento, que ha saltado nuevamente al Noroeste y sopla con verdadera furia.

Por sobre todas aquellas cabezas bañadas en sangre, se ciernen densos nubarrones surgidos en la aurora siniestra del fondo cárdeno del horizonte. La mar se encrespa y juguetea con aquel barco maldito, que no puede maniobrar porque carece de jefe.

Sin dirección, no puede capear el temporal, ni huir ante la tormenta, para evitar las enormes olas que le azotan por la popa.

Surgidos del infierno, tornan al infierno los demonios. De pie en el puente del comandante, en aquel puesto adonde le ha llevado su orgullo y su rebeldía, y desde el cual no puede hacer nada por los demás ni por sí mismo, nada más que gozarse en el desastre y contemplarlo, Bibi semeja el ángel rebelde, y aun alza la frente—para retarlo—hacia aquel Dios que le ha castigado, aquel Dios suyo, a quien llama *Fatalitas...*

Arrodillada sobre cubierta, en medio de todo aquel

estrage causado por los hombres, por el mar y por el cielo, una mujer ruega a su Dios, a quien invoca diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos...», e implora su clemencia para todos sin distinción: para los presidiarios y los vigilantes, y para Bibi.